



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El papel del Estado en América Latina

Autor: Villegas, Abelardo

Forma sugerida de citar: Villegas, A. (1988). El papel del Estado en América Latina. *Cuadernos Americanos*, 1(7), 9-15.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 7, (enero-febrero de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EL PAPEL DEL ESTADO EN AMERICA LATINA\*

Por *Abelardo* VILLEGAS  
UNAM, MÉXICO

1. COMO HE tenido oportunidad de decirlo en otras ocasiones, en América Latina, a partir de su Independencia, el Estado nació destinado a desempeñar un papel de gran vigor y fuerza, porque si bien varios doctrinarios liberales eran partidarios, en principio, de un Estado no intervencionista, su propósito de transformar radicalmente la sociedad hispanoamericana de monárquica y corporativa a individualista y democrática no podría realizarse sin la enérgica intervención de un Estado liberal. Designación que es casi una contradicción en los términos.

Además había el asunto de la formación de las nacionalidades. Cuando después de la Segunda Guerra Mundial, las Naciones Unidas elaboraron una nueva Carta de Derechos Humanos, se encontraron con que muchos países del mundo, los liberados de siglos de coloniaje o simplemente de las ocupaciones alemanas o japonesas, pedían una igualdad de derechos, tanto de los individuos como de las naciones. El historiador E. H. Carr sostiene que

Si era un derecho del hombre hacer oír su voz en los asuntos de la nación, era un derecho aún más elemental el de poder decidir a qué nación deseaba pertenecer. En la práctica, la autodeterminación nacional parecía, en esta época, actuar como una fuerza de cohesión, y no de dispersión.<sup>1</sup>

También parecía lógico que esta idea de la soberanía de las naciones se derivase de un concepto de libertad individual, como lo menciona el historiador inglés. Sin embargo, no es aventurado afirmar que en América Latina las diversas integraciones nacionales tuvieron como autores a Estados fuertes, dictatoriales. A gobiernos como los de Rosas, Francia, Páez, Porfirio Díaz, Gómez,

\* Ponencia presentada en el Seminario "Alternativas del desarrollo en América Latina", ILESCO, durante la reunión del 26 de septiembre de 1987.

<sup>1</sup> "De Napoleón a Stalin", en *De Napoleón a Stalin y otros estudios de historia contemporánea*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 16.

etcétera. La tendencia a la dispersión era tan notable que sólo la mano de hierro, admirablemente descrita en libros como *Facundo* o *Cesarismo democrático*, pudo detenerla.

O sea que resultaba difícil conciliar la necesidad de integración nacional con la soberanía de las provincias o los individuos. Ciertamente la tendencia a la diáspora era más bien preliberal, un tanto análoga al proceso de dispersión que siguió a la caída del Imperio Romano. Al menos así lo vio Bolívar. De modo que cuando los liberales impugnaban la tiranía, los dictadores contestaban enarbolando la bandera de la unidad nacional.

2. ¿Cómo se plantean hoy las cosas? En el siglo pasado la soberanía nacional se contrapuso a las pretensiones españolas de la reconquista pero, en cambio, se descuidó enfrentar a los imperios sustitutos, principalmente a Inglaterra y a los Estados Unidos. Ello fue así porque en aquellos años ambos países encarnaban la izquierda política y económica. Los liberales, y los conservadores que también eran liberales, se encontraban en la paradójica situación de tener que luchar contra sus propios modelos. Por eso, lo que vivimos hoy es consecuencia de una reconquista que tiene un sello peculiar.

Casi todos los autores que reflexionan sobre el mundo capitalista contemporáneo sostienen que en él ha sido derrotado el individualismo. José Luis Orozco, nuestro experto en pensamiento norteamericano, ha afirmado que en los Estados Unidos triunfó la versión conservadora del liberalismo, es decir, no triunfó el individuo sino una especie de corporativismo moderno, el corporativismo de las grandes empresas, y no triunfó el parlamentarismo sino el presidencialismo:

Aunque los rasgos carismáticos o "intrépidos" del presidente pueden fluctuar o disminuir, la dialéctica del poder traspasa las facultades constitucionales originales e impone a cualquier titular del ejecutivo norteamericano la virtual condición de *manager* nacional y mundial. Hacia adentro, documentánlo las funciones de jefe de Estado, jefe de Gobierno, jefe militar y jefe de partido, la iniciativa y el veto legislativo, las multiformes facultades presupuestales y las de regulación, concertación, racionalización y redistribución expresadas en el *Welfare State*; hacía afuera sus funciones diplomáticas, de política financiera internacional, de conducción de alianzas militares, de espionaje y seguridad nacional y, en general, la de "estrategia mayor" del mundo no comunista expresada en el *Warfare State*.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *El Estado norteamericano*, México, UNAM, 1986, p. 12.

Este carácter colectivista también lo reitera Carr: "Los problemas de las sociedades modernas, tan complejas y tan organizadas, parece que ya no son susceptibles de ser solucionados por medio de la discusión y argumentación de individuos racionales". Y hace también una observación sagaz: si los asuntos ya no se resuelven mediante la deliberación, el remedio es otro: aparece el tecnócrata; la solución "se confía a expertos en el tema concreto que se está discutiendo. Ya no es cuestión de discutir ni de ir cortando cabezas, sino de encontrar al experto indicado".<sup>3</sup>

Es por eso que nuestros políticos, si no son expertos, se disfrazan de tales con el auxilio de una jerga administrativa y económica.

3. Frente a esta característica de los más grandes imperios mundiales del capitalismo, ¿qué tenemos que oponer nosotros aparte de un servil mimetismo? Como en el siglo anterior, tenemos que ser antiimperialistas, pero ahora de nuevo cuño. En un reciente discurso el presidente de Perú, Alan García, resumió en cuatro líneas el proceso del imperialismo contemporáneo en América Latina:

Y si entonces el imperialismo convertía las tierras en enclaves para extraer la materia prima y más adelante, después de 1930, expandía un modelo de consumo para crear una industria mundial, ahora el imperialismo se ha trasladado al sector financiero y ya no genera valor. Ahora es solamente la retención del dinero que va para volver con mayores intereses, reduciendo nuestro derecho al desarrollo y al bienestar.<sup>4</sup>

Estas palabras las dijo en una ceremonia en la que el presidente Miguel de la Madrid le impuso la condecoración del Águila Azteca, y él a su vez la del Sol del Perú. En el discurso, me llamó la atención que el presidente García se remitiera con frecuencia a las primeras épocas de la Revolución Mexicana, a la década de los veinte, a los años de Vasconcelos. No debió haberme extrañado puesto que fue precisamente en aquel tiempo cuando Haya de la Torre, en estrecho contacto con el propio Vasconcelos, fundó en México el partido del APRA, además de que García se definió a sí mismo como aprista, pero aprista de la época de un libro fundamental, *El antimperialismo y el APRA*; es decir, no el de un aprista colaborador

<sup>3</sup> E. H. Carr, *op. cit.*, pp. 19-20.

<sup>4</sup> "El Águila y el Sol", en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, núm. 4 (1987), p. 23.

con el imperialismo como lo fue el posterior a la Segunda Guerra Mundial, sino precisamente el de los años veinte, el más izquierdista.

La referencia a los años veinte en América Latina fue como una bocanada de aire fresco, porque lo que nos ahoga ahora es la ideología de los expertos, el expertismo, la tecnocracia. Ciertamente se requiere una buena dosis de técnica para luchar contra el imperialismo financiero y para establecer las bases firmes de una solidaridad latinoamericana. Ya lo había dicho Alberdi en el siglo pasado al transformar las ideas bolivarianas sosteniendo que la vinculación anfictionica propuesta para el Istmo de Panamá debía convertirse en una serie de convenios mercantiles continentales. De este tenor fue el discurso del presidente De la Madrid. Insistió en "la modernización del aparato productivo" (los expertos la llaman "reconversión"), en "la superación" del problema de la deuda externa, en el diseño de "mecanismos imaginativos de consulta política" bilateral. Y sostuvo que

Es preciso definir e identificar áreas específicas de complementación comercial e industrial, cooperación técnica e intercambio cultural y científico. Favorecer enfoques que trasciendan los marcos limitados de las declaraciones y se transformen en un cúmulo de acciones, de decisiones de gobierno...<sup>5</sup>

En suma, se refirió al *cómo hacer* económico y político.

Frente a esta propuesta, el presidente García sugirió un cambio de énfasis y dijo que la historia de los pueblos

no se hace solamente intercambiando materias primas, intercambiando tecnología o incrementando el comercio.

Yo creo en algo más profundo: creo en la fuerza espiritual y moral de una raza diferente que nos une a todos los latinoamericanos. Y esa fuerza y esa raza no se mide en materia, se mide en el símbolo profundo de la entrega y del corazón, se mide en la muerte de los mártires y en asumirlos como propios; se mide en estos símbolos que intercambiamos.<sup>6</sup>

Creo que se trataba de algo más que pura retórica. Curiosamente proponía una vuelta a las ideas de Vasconcelos en el sentido de que nuestra solidaridad y nuestra cultura común deben te-

<sup>5</sup> "Perú y México", en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, núm. 4 (1987), p. 14.

<sup>6</sup> Art. cit., p. 24

ner un fundamento espiritual y moral como base y como condición para establecer una solidaridad económica y política. No se trata propiamente de despreciar la tecnología, la modernización, la planificación, sino más bien de situarlas en el lugar que les corresponde.

Creo identificar dos concepciones distintas del Estado: por un lado lo que yo llamaría un Estado de Ingeniería Social que se apoya en la opinión de que es posible ayudar a los menesterosos mediante la aplicación adecuada de los métodos científicos y de la administración. Y por otro lado, un Estado de Justicia Social que pone más énfasis en la libertad que en la productividad. El primero propone una situación de pesas y contrapesas, en la que una especie de "espontaneidad natural" se encuentra contrapesada por una serie de medidas que no la eliminan sino que la exaltan y la orientan. Su idea económica central es simple y muy antigua; consiste en sostener que el mayor éxito de los ricos acabará por traducirse en ayuda para los pobres.<sup>7</sup>

En cambio, en el segundo caso, la libertad actuaría como un enérgico correctivo de las desigualdades naturales y sociales. En ambas situaciones la libertad y la espontaneidad desempeñan un papel importante, pero más importante es el papel del Estado que maneja las pesas y medidas o que apoya enérgicamente los ímpetus libertarios.

Esta dicotomía no es exclusiva de los países capitalistas tercermundistas. El socialismo latinoamericano también se ve en el imperativo de utilizar una buena dosis de tecnocracia y de eficiencia. Recientemente he visto por toda La Habana muchos retratos de Martí con un letrero que dice abajo *eficiencia*. El imperativo de organización está tan vigente como el de indoctrinación. Bien que es casi un axioma del socialismo que no existe una tecnología neutral, que la hay capitalista y socialista. Aquí también se comienza a discutir nuevamente hasta dónde se debe permitir llegar a la iniciativa y a los intereses individuales. Tal vez por eso Alan García se refirió más a las etapas heroicas de la Revolución Mexicana que a un posible modelo socialista. Y también en eso siguió las huellas del joven Víctor Raúl Haya de la Torre.

La diferencia básica entre el Estado de Ingeniería Social y el Estado de Justicia Social no es el papel que conceden a la tecnología, sino el que conceden a la moral. Curiosamente el mensaje del Ateneo de la Juventud en México o, para hablar en dimensión latinoamericana, de la Generación de los Fundadores, según la

<sup>7</sup> Cf. Peter J. Steinberger, "¿Está en bancarota el liberalismo?", en *Facetas*, núm. 76 (1987), pp. 61-65.

afortunada expresión de Francisco Romero, vuelve a tener vigencia. Los ateneístas comprendían perfectamente las reivindicaciones sociales de la Revolución Mexicana, pero consideraban que la Revolución también debía ser una profunda transformación moral, incluso la llegaron a concebir como un conflicto moral. Este enfoque moral lo compartían, naturalmente en otras circunstancias sociales e históricas, pensadores como Alejandro Korn, Alejandro Deústua, Carlos Vaz Ferreira, Baldomero Sanín Cano, etcétera. Este punto de vista era obra de Rodó, pero en México los ateneístas agregaban a la obra rodoniana todos los imperativos sociales que entonces estaban en juego y que la situación les había impuesto.

¿Por qué resurge ese enfoque? ¿Por qué el presidente García pone énfasis en el mestizaje y en el concepto de la raza cósmica? Lo que ocurre es que toda suerte de economicismos, de un signo u otro, no advierten que las maniobras del imperialismo sólo son posibles por una quiebra moral de los que dirigen nuestra economía y nuestra política. E incluso por una quiebra de nuestra identidad social. No debemos insistir más en que el colmo de la dependencia consiste en que los dependientes no sólo asumen el hecho de la subordinación sino incluso el proyecto nacional de los dominadores. Y se asumen de distintas maneras, desde aceptar los modelos económicos hasta irse en desbandada, físicamente, a los Estados Unidos.

¿Cuál puede ser entonces la salida? Es necesario advertir que detrás del modelo del Estado de Ingeniería Social está la exaltación de algunos grupos sociales. En el siglo XIX, Juan Bautista Alberdi quería que en América se aclimatasen los grupos empresariales extranjeros, que se les diesen los mismos privilegios que los españoles habían concedido a la Iglesia Católica. Ahora el imperativo es parecido: los protagonistas del Estado de Ingeniería Social son grupos de burócratas (Molina Enríquez los llamaría políticos profesionales), empresarios y técnicos. A su idea política y económica la complementan con una concepción de la educación en la que, como a fines del siglo pasado, se privilegia la tecnología y la administración por encima de las humanidades. Se organizan sistemas internacionales de educación superior que también incluyen un cierto tipo de educación militar.

La tesis contraria, la del Estado de Justicia Social, debe estar vinculada esencialmente a una idea democrática que postule la participación de todos los grupos de la sociedad en el diseño de su destino histórico, y como la población latinoamericana está compuesta por diversos grupos étnicos, se pone énfasis en el mestizaje. Es decir, ya no un Estado que tutele la nación, sino un Estado que se identifique con la nación. Ese es, a mi modo de ver, el impera-



tivo. Pero cuando uno diseña imperativos corre el peligro de perder el pie en el terreno histórico. Pero quizá valga la pena enunciar algo que todavía no es factible, para que alguna vez sea posible.